

REFUTACION

HECHA

POR EL GENERAL DE DIVISION

LEONARDO MARQUEZ

AL LIBELO DEL GENERAL DE BRIGADA

DON MANUEL RAMIREZ DE ARELLANO,

PUBLICADO EN PARIS EL 30 DE DICIEMBRE DE 1868.

BAJO EL EPIGRAFE

DE "ULTIMAS HORAS DEL IMPERIO."



NUEVA-YORK.

1869.



FONDO HISTÓRICO
RICARDO GOVARRUBIAS

INTRODUCCION.

Desde que concluyó el sitio de Méjico, el 21 de Junio de 1867, supe que D. Manuel Ramirez Arellano se espresaba mal contra mí, criticaba mi conducta, y me calumniaba de todos modos.

Decia entónces, que era depositario de los secretos del Emperador Maximiliano, protestaba hacer revelaciones de alta importancia, y aseguraba probar mi supuesta traicion, y pulverizarme con sus cargos luego que escribiese un libro que se proponia dar á luz, con ese objeto.

Así se espresó en Méjico y en su camino hasta Veracruz: así lo hizo en la Habana; y es natural que lo haya hecho en Europa.

Pero hablaba con tanta vehemencia, y daba tal acento de verdad á sus palabras, que logró engañar aún á personas que pasan por sensatas, las cuales tuvieron el candor de apresurarse á creerme culpable, sin esperar mis razones, como aconsejaba la prudencia.

Bien comprendí, desde luego, el fin que se proponía Arellano. Eran los momentos en que acababan de pasar los acontecimientos de Querétaro, que tenían horrorizado á todo el mundo. Generalmente se deseaba saber lo que allí había sucedido: por todas partes se preguntaba lo ocurrido, y hasta el menor de sus episodios era acogido con avidez, discutido, comentado y analizado. La prensa periódica se ocupó de este ruidoso y triste asunto. Las córtes de Europa vistieron luto: el duelo fué general; y tan tremenda desgracia deplorada del uno al otro extremo de la tierra; aún por aquellos que ántes hacían alarde de ser enemigos de la ilustre víctima.

Natural era, pues, que cualquiera que en aquellos momentos se presentase en Europa diciendo: "Yo he visto todo eso Estuve al lado del Soberano, hasta sus últimos momentos soy el depositario de sus secretos voy á darlos á conocer Escuchad que tengo mucho que decir voy á explicar esos misterios voy á descubrir al traidor voy á confundirle con mis cargos ¡Oid! ¡Oid! y quedareis asombrados!!!!

Natural era, repito, que quien así se espresara, llamase la atención de los que lo oían: exitase la curiosidad: recrudeciese el ódio contra el supuesto culpable: moviese la compasión en favor del que hablaba, la admiración por su lealtad, la consideración por el puesto que había ocupado cerca del Monarca que le concedió su confianza, y sobre todo, y *esto es lo principal*, que se vendiesen más y más caras las publicaciones que hiciese, tratando estos asuntos.

Ni un momento dudé que lograría su objeto, ya por las razones que dejo espuestas, y ya porque el autor tiene la mayor habilidad para mentir, y una audacia y un cinismo, que no conoce límites, elementos muy apropiados para persuadir á quien no está en antecedentes ó no conoce la verdad ó no quiere molestarse en analizar los hechos, y cree inocente y sencillamente cuanto oye ó cuanto lee, sin ocuparse en averiguar lo cierto.

Sin embargo, como mi conciencia está tranquila porque sé que he llenado mis deberes, y como esto puedo probarlo siempre, esperé sosegadamente á que mi calumniador hiciese sus acusaciones y deseaba que fuese cuanto ántes para saber lo que inventaba. Pasó algún tiempo, y nada dijo: entónces publiqué mi manifiesto de 20 de Abril de 1868, que llevó entre otros objetos el de provocar á Arellano para que hablase: pasó más tiempo, y tampoco dijo nada: creí entónces ó que había encontrado tan bien esplicada la verdad, que nada le quedaba que decir, ó que no se atrevía á negarla, poniéndose al nivel de los más despreciables charlatanes; pero me engañé, y al fin, al año y medio de muerto el Imperio, apareció el folleto que Arellano tenía ofrecido, el cual no pude conseguir que llegara á mis manos sino seis meses despues.

He leído ese documento con la calma y el detenimiento necesarios para apreciar con exactitud sus conceptos; y aseguro por mi honor que había resuelto no responder nada á lo que no merece más contestación que el desprecio; pero como por desgracia el silencio se interpreta equivocada y desfavorablemente, y como no puedo ver con indiferencia que se falsifique la verdad, me he decidido á hacer el enorme sacrificio de escribir para refutar ese libelo que tergiversando unos hechos, desfigurando otros, inventando muchos, y negando cuanto hay de cierto, es un tejido de mentiras y de absurdos dichos con tan mala fé, cuanto es mala la índole de su autor.

No se entienda que esta refutación lleva por objeto contestar á Arellano. ¡Oh! nó: ¡Dios me libre de rebajarme hasta ese punto! Y téngase presente que lo que he dicho hasta aquí, es solo para demostrar que al escribirse ese folleto, no se llevó ningún fin noble, decente ni patriótico: la pluma del escritor fué guiada nada más por sentimientos mezquinos, hijos de un alma miserable.

Es un fárrago de disparates, un cúmulo de necedades,

una serie de contradicciones tal, que verdaderamente no se comprende, y se necesita la paciencia de Job para acabar de leer el libro sin arrojárselo de las manos cien ocasiones. Además, se ha adoptado en su redacción un lenguaje tan impropio que no podrá ménos de avergonzarse su autor cuando reflexione en lo que ha escrito.

No hay un insulto que no se me prodigue, se apuraron los improperios para aplicármelos todos, mezclados con apodos y con imprecaciones asquerosas, y hasta mi herida que llevo con orgullo sobre el rostro como blason glorioso de lealtad y patriotismo, se vé allí escarnecida, precisamente al declarar el mismo Arellano, que la recibí salvando al Imperio que acababa de nacer el día anterior, cuya única circunstancia bastaría para que se me considerase, como sucede en todos los países con el que presta á su pátria servicios de esta clase

No usaré el mismo lenguaje, y según mi sistema, todo cuanto diga quedará probado á continuación.

Pondré á mis capítulos el mismo número de los del libro, bello que refuto, para que se encuentre fácilmente cuanto digo de cada uno.

Poco será, en verdad, puesto que la mayor parte de los puntos que contiene están ya contestados en mi manifiesto y no los reproduciré aquí, porque sería no acabar nunca, si cada vez que le ocurriese á cualquiera escribir contra mí, tuviese yo que empezar de nuevo con el propio relato, las mismas pruebas y siempre iguales esplicaciones. En aquel documento está perfectamente detallada mi conducta; allí se vé bien claro cuanto se quiera saber de mí; á él me remito.

Réstame solo probar que jamás tuve resentimiento con el Emperador Maximiliano, ni era posible que yo abrigase la idea de una venganza. Así lo haré. Y como Arellano, retratándoseme con los colores mas negros, ha querido presentarme al mundo con instintos y sentimientos que no tengo yo, presentaré á ese Sr. tal cual es: yo arrancaré la careta de ese hipócrita que me difama: yo probaré que es un falsario, traidor é ingrato.

Arellano comienza su folleto con las siguientes palabras que pone al principio de su introducción.

“Si algún día la Casa de Austria ó la Augusta Emperatriz Carlota pueden ocuparse de rendir á la memoria del Emperador Maximiliano los homenajes que merece, creemos que les será indispensable recojer el informe de los Generales y las actas de los Consejos de Guerra sobre las cuales está basada la acusación terrible y fundada que dirigimos hoy”.....

¡Ojalá llegase cuanto ántes ese dichoso día, porque entonces comparecería yo con mi informe, y se tendría que escucharme: presentaría los documentos importantes que poseo, y en ellos se reconocerían las firmas del Soberano, y de los personajes que los han suscritos: haría yo el relato prolijo de los hechos, y las esplicaciones minuciosas que no es posible consignar en una publicación de esta especie: se oiría la declaración de todas las personas civiles y militares que han presenciado mi conducta é intervenido en mis actos: se carrearía conmigo á mis acusadores que quedarían confundidos con mis réplicas, y anonadados con las reconvenciones que yo les haría por la falsedad y mala fé con que han hablado: se procedería á todas las averiguaciones que fuesen precisas en cada caso: exhibiría yo cuantas pruebas se necesitaran en todas ocasiones. Y á fuerza de examinarlo todo, prolija y

concienzadamente, y despues de depurar hasta el menor de los acontecimientos con todo el rigor de la mas estricta justicia, se acabaria por deslumbrarse con el brillo de la verdad que luciria clara, radiante y magestuosa como la luz del sol, pregonando mi inocencia en alta voz por todas partes, y la humillacion de mis calumniadores, que no podrian nunca alzar los ojos delante de mí, miéntras que yo, gracias á Dios' llevo siempre mi frente levantada!

Luego continúa Arellano declarando, para dar mayor fuerza á sus palabras: "que ha sido amigo mio, y que le prodigué y le prodigo aun elogios *no merecidos*, por los cuales me estaba ántes *profundamente reconocido*."

En cuanto á lo primero no es verdad, porque Arellano nunca ha sido amigo mio. En cuanto á lo segundo es muy cierto le prodigué elogios, cuando los mereció, y se los prodigaré toda mi vida en aquello que lo merezca, porque la justicia es la que me guía. Dice que ya no me está reconocido; es natural, los ingratos jamás agradecen nada, y como me he propuesto probar que Arellano adolece de este defecto en alto grado, y no obstante que su ingratitud queda ya confesada por él mismo en las anteriores palabras, debo advertir que no son solo elogios lo que le he prodigado sino servicios en cuanto me ha sido posible. Desde su mejor época durante la presidencia de su querido amigo el General Miramon, ya le serví hablando en favor suyo al Presidente que estaba altamente disgustado por el abandono en que tenia al batallon de artilleria de montaña que mandaba, hasta el grado de asegurarme Miramon que iba á darle su licencia absoluta un dia que visitamos su cuartel y supo que el coronel no iba allí casi nunca.

Cuando las tropas mejicanas que estaban á mis órdenes se movieron de su campo de San Juan Iztengo con direccion á Puebla á principios de 1863, se me presentó en aquel punto el Coronel Arellano, reconociendo la intervencion y ofreciendo sus servicios. Y aunque en aquellos momentos no lo ne-

cesitaba, ni tenia colocacion que darle, lo admití, y lo tuve siempre á mi lado, con las consideraciones de su empleo, y las distinciones de mi amistad.

En 20 de Mayo del mismo año, organizé un batallon de artilleria y nombré Coronel de dicho cuerpo á Arellano, dándole además la investidura de Inspector y Comandante general del Arma.

A nuestra llegada á Méjico, la asamblea de notables dió un voto de gracias al ejército que yo mandaba por los servicios que habia prestado en todo el tiempo de la campaña, en el cual no estaba comprendido Arellano porque se habia incorporado á última hora, y sin embargo lo hice partícipe de esta gracia con las palabras mas lisonjeras.

En Julio del mismo año se dió una nueva organizacion al ejército y yo cuidé que el Coronel Arellano quedase en mi division, á cuyo efecto lo nombré en ella Comandante General de su arma.

Pocos dias ántes de mi salida de Méjico á la campaña del interior se quitó por el Ministerio de Guerra al Coronel Arellano el mando que tenia y se dió al Teniente Coronel Peza; pero yo influí para que se le devolviera á Arellano, y lo conseguí.

En la batalla de Morelia de 18 de Diciembre del propio año no pude redactar el parte por impedírmelo mi herida, y encargué de este trabajo al Coronel Arellano como una prueba de absoluta confianza.

En seguida pedí para Arellano la Cruz de la Legion de Honor que yo mismo coloqué en su pecho en la Plaza de Armas de Morelia en presencia de las tropas, y dando al acto la mayor solemnidad.

Amenudo recibia yo comunicaciones del Ministerio de la Guerra contra el Coronel Arellano por las quejas del Director de Artilleria General D. Bruno Aguilar que jamás recibió los documentos correspondientes al batallon de Arellano ni este se entendió para nada con dicho director, y yo defendia siempre á Arellano, del justo enojo de sus superiores.

Apenas llegué de Europa y encontré á Arellano en Méjico, comencé de nuevo á ejercer con él los oficios de mi buena amistad, haciendo al Emperador tantos y tan repetidos elogios de dicho Gefe, que á fuerza de trabajar logré por fin disponer en su favor el ánimo del Soberano, hasta el grado de convertir la prevencion que S. M. tenía contra él, por sus malos antecedentes, en un afecto tan distinguido, que á él debió Arellano, por mis esfuerzos, la buena posicion que tuvo luego en Querétaro, las condecoraciones que recibió y su elevacion al rango de General que, sin esta circunstancia, no habría obtenido en muchos años.

Finalmente, para no hacer mas largo este relato, el 19 de Junio de 1867, antes de separarme del poder que el Emperador se dignó confiarme, mandé espedir el despacho de General de Brigada al mencionado Arellano, porque me lo pidió diciéndome que se le habia estraviado el que le espidió S. M. y llevé mi aprecio hasta el grado de que fuese estendida dicha patente con el carácter de *General de Artillería*, cuya categoría no existe en el Ejército Mejicano, por lo cual tuve que hacer uso de las omnimodas facultades que el Emperador me concedió, y dispuse que se salvase esa dificultad poniendo estas palabras: "Con dispensa de la Ley."

No paró aquí mi amistad, sinó que á la vez mandé que se le espidiese el diploma de grande Oficial de la Aguila Mejicana, que tambien me dijo se le habia estraviado.

Este ha sido mi comportamiento con Arellano. Su ingratitud, de manifiesto está en su folleto, y de ella no habría yo hecho mencion alguna, si él no hubiera tocado este punto para aparentar una imparcialidad que no conoce, porque esto me ha puesto en la necesidad de demostrar mas clara su ingratitud á fin de que se tenga presente que quien así paga los favores que ha recibido, no puede abrigar ningun sentimiento noble, y obra siempre bajo las inspiraciones de un alma depravada.

Por lo demás, en cuanto á las injurias que contiene el

resto de su introduccion, se las perdono y lo desprecio, porque lo considero indigno hasta del honor de que yo se las conteste.

I.

Dice Arellano que "las principales causas del desenlace que terminó en Querétaro de una manera sangrienta, el trágico drama del Imperio de Maximiliano, son generalmente desconocidas, y por eso se ha propuesto darlas á conocer para cumplir así los últimos deseos del Emperador y del General Miramon."

Muy bueno seria este pensamiento de Arellano, y mucho debería agradecersele si hablase la verdad; pero no puede, porque en ese sangriento desenlace él es el principal culpable, mas todavía que el mismo Lopez, quien no habría podido traicionar, si Arellano, engañando al Emperador con mentidas palabras, hijas de la ignorancia, de la presuncion, de la envidia y de la mala fé, no lo hubiera retenido en Querétaro hasta que fué sacrificado en el Cerro de las Campanas, empujado por los malos consejos de Arellano.

Así pues, como yo fuí verdadero amigo del Emperador Maximiliano y del General Miramon, y como Arellano no puede cumplir con la tarea que emprendió, por las razones manifestadas, yo me encargo de ella, tanto para tributar un homenaje á la memoria de S. M. y de Miramon, cuanto para evitar que el mundo sea engañado con las falsedades de Arellano.

Asienta el folletista que yo salí de mi país protegido por Porfirio Diaz. Para escribir tamaño desatino se necesita hacerlo á dos mil leguas de distancia, donde no se conoce ni á Méjico ni á sus hombres, y tener todo el atrevimiento de Arellano para mentir.